

Ruth Troeller: Extracto



Imagen: iStock

de una biografía¹

Stephen Murray Kiernan

RUTH TROELLER VIVE EN LA COLONIA ROMA NORTE y pronto cumplirá cien años. Con su esposo, el famoso documentalista Gordian Troeller, vivió la mayor parte de la Segunda Guerra Mundial en la neutral Lisboa, ayudando a refugiados a viajar a través del Reino Unido. Amiga de André Malraux y discípula de Sartre, se estableció en Inglaterra para trabajar en la Universidad de Londres, pero continuó viajando y trabajando incansablemente a lo largo de los años. Entre otros logros, fue parte importante del desarrollo de la industria petrolera en Venezuela durante la década de 1970. Troeller ha vivido en México los últimos treinta años, enseñando en la United States International University y en su propio instituto. Su colección de diarios, compuesta por varios volúmenes que detallan sus experiencias y, particularmente, sus emociones, se encuentra ahora resguardada en la Universidad de Stanford. En este extracto de su biografía, rememora sus vivencias durante la guerra que tuvo lugar de 1939 a 1945.

El mes de agosto de 1939 había llegado y Luxemburgo vivía amenazada por la inminente guerra. Y para hacerlo más difícil, mis padres decidieron no aprobar mi amistad —o algo más que eso— con Gordian. No me permitían verlo, aunque, por supuesto, lo veía a diario cuando salía de casa, pero era demasiada la tensión: la tensión por la guerra próxima, por la desidia de mis padres, la mía propia, la de mis hermanos... simplemente esperábamos la llegada de la guerra. Lo más importante era renovar, cada semana, la “ración de hierro”, es decir, la provisión de agua y arroz y otros productos básicos en caso de que hubiera un conflicto, y por la provisión entiéndase que tendríamos suficiente comida para, cuando menos, dos semanas. Incluso así, teníamos que renovar nuestra reservas todo el tiempo para que no se volvieran rancias, y así adquirimos la costumbre de buscar manzanas y papas que empezaran a descomponerse para que no se contaminaran las demás.

¹ Traducción de Jesús Francisco Conde de Arriaga



Vivimos de este modo alrededor de dieciocho meses, desde el inicio de 1938 hasta el 2 de septiembre de 1939. Después, llegó la guerra, pero antes de ella existía poco o nada de la verdadera lucha, tan sólo el peligro constante. Finlandia había sido ocupada, pero nadie en Luxemburgo se preocupaba por Finlandia. Después, Polonia fue dividida en dos por los acuerdos Ribbentrop - Molotov: una mitad para la Unión Soviética y la otra para Alemania.

La guerra quedó declarada en el momento en que los alemanes entraron a Polonia el 2 de septiembre de 1939, porque Chamberlain² le había advertido a Hitler que si entraba a Polonia, significaría una declaración de hostilidades. Y así fue. Pero de nuevo nada pasó y nos hicimos cada vez más rancios. Toda la ciudad de Luxemburgo se encontraba expectante, casi susurrando: “Vamos, que empiece ya”, porque la espera era insostenible. Y tuvimos que soportarla. No se podía salir fácilmente de Luxemburgo, se podía ir a Bélgica, pero entrar a Francia no era nada fácil.

Entonces, se tomaron ciertas acciones de repente. Mi hermano tenía una novia, a quien mis padres pretendían no conocer, una chica llamada Edmée. Ella estaba en contacto directo con la familia del Gran Duque.³ En la noche del 10 de mayo de 1940, el teléfono sonó alrededor de las tres de la mañana. Era ella, Edmée, quien me dijo parcamente que la Gran Duquesa y algunos miembros de su familia habían tomado un avión hacia Londres y que los paracaidistas alemanes estaban aterrizando por todo Luxemburgo. Mi hermano actuó resueltamente, tenía preparado un tipo de plan para escapar. Se apegó a él y nos dijo: “Adios, gente”, saltó en su bicicleta y se fue. Para mí era el momento de hacer algo también. Tomé el

teléfono y llamé a Gordian: “¿Cuánto tiempo tardas en estar aquí con tu bicicleta?”. “Alrededor de veinte minutos”, respondió. Me paré frente a mis padres y les dije: “Lo siento, Dios los bendiga, pero me voy con la persona que yo escogí”. Ellos no pudieron decir nada. Me bendijeron y me fui hacia donde Gordian me esperaba. Las bicicletas para hombres tenían una barra cruzada, y Gordián pedaleó, conmigo sentada en esa barra, casi veinte kilómetros hasta Eschen, donde está una frontera directa con Francia. Al llegar a ella, había un hombre joven, que resultó ser alemán, con el paracaídas literalmente enredado en su ametralladora. Gordian cargó la bicicleta en su hombro y señaló hacia el oeste: “Nuestra granja está hacia allá, ¿podemos ir?” El joven alemán respondió: “Por supuesto”. Lo que él no sabía es que “hacia allá” era Francia. Era un joven muy amable y no tenía idea, él sólo había aterrizado con su paracaídas en nuestro pequeño país. Todavía tenía los pertrechos del paracaídas alrededor de él, enredados en su ametralladora.

Así llegamos a territorio francés, pero no hay nada en esa parte de Francia, así que no podíamos quedarnos ahí. Con la colina frente a nosotros, atravesamos esa tierra estéril. Gordian sacó su pañuelo y vimos algunos soldados franceses frente a nosotros, cuesta arriba. No eran más que doscientos o trescientos metros, pero no había otro camino. Sólo había pasto que apenas nos cubría. Nos tomó dos horas llegar a ellos. A los soldados franceses no les gustó y empezaron a disparar encima de nuestras cabezas. Y a propósito del miedo: recuerdo el miedo que de niña le tenía al miedo mismo, algo que finalmente perdí cuando Gordian y yo avanzamos durante dos horas esos trescientos metros para cruzar la línea de fuego de Luxemburgo hacia Francia. Para mí, la pérdida del miedo sirvió para crear una relación más profunda con una deidad, o más bien, con una más sutil en la que Dios no castiga con el trueno, sino con el miedo al castigo; es decir, la diferencia entre la violencia y la amenaza de violencia. Pero llegamos

² Neville Chamberlain. Primer ministro del Reino Unido de 1937 a 1940. [N. del T.]

³ El Gran Duque es el jefe de estado de Luxemburgo, cuyo régimen de gobierno es una monarquía parlamentaria. [N. del T.]

ahí, escondiéndonos detrás de los árboles. Después de todo, los soldados franceses resultaron muy amables: “Ah, finalmente ha empezado”, “Llegaron aquí”. Estaban felices, a pesar que al día siguiente no lo estarían tanto. Nos dijeron: “Las barricadas están hacia allá, pero tienen que mantener la cabeza abajo si quieren llegar a ellas”. Nos las arreglamos para lograrlo. Llegamos hasta las barricadas y varios soldados exclamaron con alegría inesperada: “Hola, luxemburgueses”.

Nos quedamos ahí. Difícilmente podía haber llevado algo conmigo, sólo un vestido de punto muy bonito que llevaba puesto. Por la tarde —y esto jamás lo olvidaré—, fui a lavar mi ropa interior en agua fría. Un soldado, que estaba al lado mío, me dijo: “Obviamente nunca has lavado tu propia ropa”. Le contesté que era mi primera vez. “Tus dedos están casi sangrando con esta pequeñez. Anda, dámelo. Sé cómo lavar ropa”, respondió. Esto me dejó impresionada: un soldado enorme lavando mi ropa interior. De pronto, a la mitad de nuestra charla, una alarma comenzó a sonar y a lo lejos se escuchó una explosión. “¿Porqué suena la alarma? Lo que sea que haya explotado está muy lejos de aquí”, dije. El soldado repuso: “Corre ahora, corran los dos. Porque si esta fue muy lejana, la siguiente caerá muy cerca, y la tercera caerá en la barricada. Váyanse ahora”. Así que tomé mi ropa interior mojada y nos fuimos caminando hacia Francia.

Para entonces, nuestro plan consistía en llegar a Portugal y de algún modo hacernos camino hasta Gran Bretaña para unirnos a las fuerzas francesas. Nos tomó casi dos meses llegar a la frontera con España. Cuando finalmente llegamos, fuimos encarcelados inmediatamente. La cárcel por sí sola era un lugar peculiar para mí: fui encerrada con cerca de veinte prostitutas, aunque al final resultó ser algo bueno, porque ellas eran de poblados pequeños y sus familias les llevaban comida, porque en prisión las autoridades no daban alimentos. Me encontraba con Gordian cada cuatro horas en el lavabo. Eventualmente, nos enviaron de regreso al lado

francés de la frontera. Pasamos entonces mucho tiempo caminando a través del sur de Francia tratando de encontrar el camino de regreso a España, y de ahí, esperábamos llegar a Portugal. Fue durante este periodo que llegamos a Marcel, un pueblo muy grande y feo, y de pronto nos vimos sin dinero para comprar comida. La gente nos daba en ocasiones algo para comer, aquellos que tenían algo, lo compartían. Lo intentamos una vez más y finalmente logramos cruzar la frontera. Y nuevamente nos detuvieron. Esta vez pasamos en prisión menos de dos semanas, y las prostitutas, otra vez, me cuidaron. Para colmo de todo, recuerdo que Gordian contrajo una fuerte infección en su boca.

Un día, de la nada, nos dieron ropa, ropa bastante común, pero fue un regalo de Dios puesto que nos veíamos, para entonces, terriblemente. Cuando nos liberaron fuimos a una estación de trenes. Ahí, un hombre, un español con ropa de civil nos acomodó en un tren que partió de la frontera francesa hacia Madrid, primero, y de Madrid hacia la frontera portuguesa. El hombre comió sándwiches todo el camino; el viaje duró dos días, durante los cuales no tuvimos nada que comer, sólo lo mirábamos devorar uno tras otro aquellos sándwiches. No nos dijo ni una sola palabra, era una especie de policía pero sin uniforme; vestía, en cambio, lo que sólo puedo describir como un traje de burócrata barato.

Al llegar a la frontera portuguesa, completamente famélicos y exhaustos, nuestro bien alimentado guardia nos dijo: “Adiós”, y dirigimos nuestros pasos hacia Portugal. Estábamos ahí, sin ningún tipo de documentos de ingreso, sin visa y sin hablar portugués. Ambos, Gordian y yo, hablábamos un buen español y un buen italiano, así que podíamos decir algo. ¡Pero nada de portugués! Afortunadamente siempre hay gente amable y algunos nos dieron de comer. Ahora no recuerdo cómo llegamos de la frontera a Lisboa. Pero ahí, en Lisboa, encontramos muchos refugiados de Francia, Bélgica y hasta de Luxemburgo. ■■■